

Ya en aquella sazón ninguno había
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corría
A lo más necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecía
El batir de las armas presuroso
Que de sus hijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la vitoria en confusión dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de allá y acá gallardamente
Por la plaza y honor se contendía,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caía:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendía,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simón Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacían prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juárez también por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrea,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto baluarte
Herían en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martín de Guzmán y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mío,
Aunque libre de estorbos estuviera
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado
También del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardía
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurría
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamente y á Mejía,
Derriba á Diego Pérez y á Saldaña.
Mas ya es razón, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.



CANTO XX

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegalda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy lijero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho común y les espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada
Me tiene la memoria, y con cuidado
La palabra que di bien escusada
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terrón zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuevas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crüeldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío
Agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mi me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculparme,
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella, y ora desta parte,
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Había de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazón alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y lijera
Que el salto aunque mortal en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza lijera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que aunque no le alcanzara el pensamiento
Antes que fuese abajo la alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En mas de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese,
Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y mas que nunca embrabecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego,
Y vengarse del daño recibido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurría,
Todo de acá y de allá lo rodeaba
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa;
Y como el levantado halcón lozano
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo:

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infructuoso,
Revuelve á la otra banda encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado
De mucha gente y sangre perdidoso,
Se retiró, siguiendo las banderas
Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente;
Y dándoles terrible escurribanda
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrerra.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quién se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién haciéndole plaza dél se aleja,
Y en el largo escuadrón de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
De parte á parte el escuadrón cristiano
Arriba á los amigos que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y orden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadrón formando,
Y á paso moderado los seguimos
De la vitoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto,
Que el sol en lo mas alto levantado
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entre tanto
Que remataba el curso acostumbrado
Dando lugar á las nocturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;

TOMO I

El ciego foso al rededor limpiamos
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche, á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo,
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte;

Donde con el trabajo de aquel día,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistía
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrisimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la ración se convertía
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servía,
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormía
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

24

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel día
Habían hecho gran riza y batería.

No mucho después desto, yo que estaba
Con ojo alerta y con atento oído,
Sentí de rato en rato que sonaba
Acia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura
Que divisar lo cierto no podía;
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debía,
Me vine agazapado en la verdura
Acia la parte que el rumor se oía,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido
Que soy mujer, y nunca te he ofendido.

»Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, misera, triste y desdichada?

»Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mía,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun día,
Me dejés dar á un muerto sepultura,
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

«No quieras impedir obra tan pia
Que aun en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede;
Deja buscar su cuerpo á esta alma mía;
Después furioso con rigor procede:
Que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
Que mas la vida que la muerte temo.

»Que no sé mal que ya dañarme pueda;
No hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábase y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo crüel no me conceda
Morir mi cuerpo con el suya unido,
No estorbará por mas que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo que en duda y confusion estaba
Aun teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba
Hasta que un poco mas me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espía
Que á saber cómo estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decia;
Y que el pérfido amor, ingrato y ciego,
En busca del marido la traia,
El cual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogue que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: «¡Ay de mí, que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte!
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.

»Yo soy Tegalda, hija desdichada
Del cacique Brancol, desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada
Libre un tiempo da amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegría,
Que al fin muero del mal que no temia.

»De muchos fui pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron:
Antes con nuevas pruebas y recuestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

»Muy presto pues llegó el postrero día
Desta mi libertad y señorío:
¡Oh si lo fuera de la vida mía!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junro al pueblo habia
Donde el claro Gualebo, manso río,
Después que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itata entrega:

»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño
Fácilmente conmigo lo acabaron:
Luego por orden y artificio estraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino,
Y que el sol de tocarme no era dino.

»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento:
El agua clara en torno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruido
Que alegraban la vista y el oído.

»Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

»Yo que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

»Cuando un gran alboroto y vocería
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y de sosiego;
Yo queriendo entender lo que sería,
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

»El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
Cómo el robusto joven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente,

»Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el fácil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

»Y también Mareguano, que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.

»Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su proposito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.»

»En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo: «Señora, una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido.

»Que si soy extranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio:
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio,
Quiero si della fueres tú servida
Luchar con Mareguano otra caida.

»Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
Hasta dejarle en todo satisfecho,
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin limite, absoluto.»

»Esto dicho con baja reverencia
La respuesta mirándome esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí: «Si yo algo puedo
Libre y graciosamente lo concedo.»

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron:
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron,
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.

»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos á pecho á pecho:
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.

»Volvian á forcejar con un ruido,
Que era de ver y oírlos cosa estraña;
Pero el mozo extranjero ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Mareguano
No le quedó sentido y hueso sano.

»Luego, de mucha gente acompañado,
A mi asiento los jueces le trujeron;
El cual ante mis piés arrodillado
Que yo le diese el precio me dijeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente
Que estaba allí inclinado ya en mi falda
Le puse en la cabeza la guirnalda.

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oídos:
Al fin se fué llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos;
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

»Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brio,
A la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío:
Yo que cuando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos timidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Así que adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazón se apercibia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado;
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

»Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pié cada cual puesto
Prontos y apercebidos atendieron;
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

»Pero Crepino, el joven extranjero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venía con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

»Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero después á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le di mi libertad y anillo junta.

»Él me dijo: «Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la afición con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.»

»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije, que el anillo recibía
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mi espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.

»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfacion de mí á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre señor, mañosamente
Le di á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi deseo,

»Diciendo: que pues él me persuadía
Que tomase parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesta, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente dijo: «En esto
Y en todo me remito á tu albedrio;
Pues de tu discreción y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.»

»Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo,
Hoy hace justo un mes, ¡Oh suerte dura!
¡Que cerca está el bien la desventura!

»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo?
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

»Este es pues el proceso, esta el historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu casa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Haznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecía,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia:
Solo pedía la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas tratornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el sur y sudeste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegalda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto
Que el esperado ya vecino día
Quitase de la noche el negro manto.
Entre tanto también razón seria,
Pues que todos deseansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

